

ella para que no guardaba rencor alguno á
sus hermanas. Luego dispuso en torno de su
cuerpo un haz de flores y por fin suspendió
sus brazos en las paredes de la sala.

Que tan pronto que pasó el día de los
cuatro de Vallombreuse, unió en matrimonio á Isabel y Sigog-
nac, á quien sirvió de testigo el marqués de Benyeres,
la capilla del castillo, no admitiendo más que un
dado de plata para el novio y el novia, y el resto
de los gastos se cubrió con el patrimonio de la
Vallombreuse, con lo que quedaba para el
marqués de Benyeres, un millón de reales.

EL CASTILLO DE LA DICHA.

que parecía una princesa, habiéndose casado
con el gobernador de la provincia, Sigognac,
capitán de milicias, sobriamente vestido,
con una magnífica peluca con el desventurado
cuyo miseria hemos descrito al comienzo de esta historia.

Después de un espléndido refresco en el que figuraban el
príncipe Vallombreuse, el marqués de Benyeres, el mar-
qués de Estang y algunas señoras de la
familia, los novios se retiraron á su habitación,
donde se casaron á las once y media, como
los antiguos: «Himen ó Himeneo!» Los asistentes de la
dicha debían ser respetados, y por otra parte Isabel es tan
pudica que se morría de vergüenza si se quitase indiscreta-
mente un alfiler á su corpiño.

andax y de cordada: Vallombreuse se había notoriamente
comparado con el continuo trato de su cuñado, de lo que reci-
bia gran satisfacción el príncipe. Los jóvenes esposos lleva-
ban pues una vida llena de encantos, más encantados cada
día uno de otro y no experimentando esa saciedad de dicha
que consiste y devora las más bellas existencias. Sin em-
bargo, hacia algún tiempo que Isabel parecía animada de una
actividad misteriosa. Tenía pláticas secretas con su intenden-
te: á menudo iba á verla un arquitecto, quien siempre pla-
teaba á su consideración y habiéndose partido para un destino descono-
cido; haciéndose todo á hurtadillas de Sigognac, y de cumpli-
do con Vallombreuse, que parecía estar en el punto.

CAPÍTULO XXII.

EL CASTILLO DE LA DICHA.

Trascurridos algunos días sin duda para
llevar á cumplimiento su proyecto, un día Isabel dijo á Sigog-
nac, como si una idea se le hubiera cruzado por la ima-
ginación, que quería ir á ver el castillo de la dicha.

Como puede suponer el lector, la buena Isabel, convertida
en baronesa de Sigognac, no había olvidado en sus grande-
zas á sus honrados compañeros de la compañía de Herodes.
No pudiendo invitarles á sus bodas á causa de su condicion,
había hecho á cada uno de por sí regalos con gracia tan en-
cantadora que duplicaba el valor de los mismos; y aun fué á
menudo á verles trabajar, hasta que hubo partido la compa-
ñía, aplaudiéndoles con la oportunidad de persona competen-
te; pues la baronesa, á fin de ahorrar á las malas lenguas
las ganas de decirlo, tuvo el buen tino de no querer ocultar
que había sido comedianta, aunque por otra parte la sangre
ilustre de que descendía imponía silencio á todos. Además su
modestia le conquistó los corazones, aun el de las mujeres,
que unánimemente convinieron no tener aquella rival entre
las damas de la corte. El rey Luis XIII, que había oido ha-
blar de las aventuras de Isabel, alabó calurosamente su pru-
dencia y mostró particular estima á Sigognac por su come-
dimiento, pues como monarca casto no le gustaba la juventud

audaz y desbordada. Vallombreuse se habia notoriamente corregido con el continuo trato de su cuñado, de lo que recibia gran satisfaccion el príncipe. Los jóvenes esposos llevaban pues una vida llena de encantos, más enamorados cada dia uno de otro y no experimentando esa saciedad de dicha que consume y devora las más bellas existencias. Sin embargo, hacia algun tiempo que Isabel parecia animada de una actividad misteriosa. Tenia pláticas secretas con su intendente: á menudo iba á verla un arquitecto, quien sometia planos á su consideracion; escultores y pintores habian recibido órdenes de ella y habian partido para un destino desconocido; haciéndose todo á hurtadillas de Sigognac, y de complicidad con Vallombreuse, que parecia estar en el quid.

Trascurridos algunos meses, los necesarios sin duda para llevar á cumplimiento su proyecto, un dia Isabel dijo á Sigognac, como si una idea súbita le hubiese cruzado por la imaginacion:

—Querido esposo mio, ¿no pensais nunca en vuestro pobre castillo de Sigognac, y no sentís deseos de volver á ver la cuna de nuestros amores?

—No soy tan ingrato, Isabel mia; he pensado más de una vez en él; pero no me he atrevido á empeñaros en este viaje, ignorando si seria de vuestro agrado.

—Ya que vuestro deseo se aviene con mi capricho, ¿os gustaria que nos pusiésemos en camino esta semana? Vallombreuse vendrá con nosotros y yo me llevaré conmigo á Chiquita que estará contenta de ver de nuevo su país natal.

Terminados rápidamente los preparativos, nuestros amigos se pusieron en camino.

Terminados rápidamente los preparativos, nuestros amigos se pusieron en camino.

—Serian las dos de una hermosa tarde de primavera cuando llegaron á un sitio donde empalmaba con la carretera la alameda que conducia al castillo de Sigognac.

En el momento en que la carroza volvió para entrar en la alameda, de donde la perspectiva del castillo se descubrió toda de un golpe, Sigognac experimentó como un deslumbramiento; no reconoció aquellos sitios tan familiares, sin embargo, á su memoria. El camino habia sido aplanado, recordados los setos y podados los árboles. En vez de la triste mansion que hemos descrito en el primer capítulo, se levantaba un magnífico castillo nuevo, parecido al antiguo como un hijo se parece á su padre.

Sigognac contempló silencioso durante algunos minutos aquel espectáculo maravilloso; luego volvióse hácia Isabel y le dijo:

—A vos, graciosa hada es á quien debo esta transformacion. Ha bastado que tocáseis este castillo con vuestra mágica varita para devolverle su belleza y su esplendor. ¡Oh! cuánto os agradezco esta sorpresa, encantadora y deliciosa como todo lo que de vos proviene. Sin que yo haya despegado los labios habeis comprendido el voto secreto de mi alma.

—Dad tambien las gracias á cierto mago que me ha ayudado mucho en todo esto,—respondió Isabel señalando á Vallombreuse que estaba sentado en un rincon de la carroza.

El Baron estrechó la mano al joven duque.

Por fin llegaron al castillo, á cuya puerta les aguardaba Pedro vestido de gran librea.

—Ahora—dijo Isabel despues de haber recorrido con su esposo las suntuosas habitaciones de la restaurada mansion,—hay que visitar los dominios que he rescatado por bajo mano para reconstituir la antigua baronía de Sigognac.

*
**

De regreso de la expedicion á los dominios de Sigognac sirvióse una espléndida comida en la sala donde en otro tiempo éste habia hecho cenar á los cómicos.

Cerca de la credencia sobre la que el ujier de vianda trin-

chaba las viandas, estaba en pié un hombre de talla atlética, de ancha y pálida cara rodeada de espesa y negra barba, vestido de terciopelo negro, llevando al cuello una cadena de plata, quien de cuando en cuando daba con aire majestuoso órdenes á los lacayos. Cerca de un aparador atestado de botellas de todas formas y capacidades se removía con actividad inaudita, á pesar de su temblor senil, una figura ridícula de rabelesiana y granujenta nariz, mejillas encarnadas y pequeños y maliciosos ojos. Sigognac, al volver de aquel lado la cabeza por casualidad, reconoció en el primero á Herodes, y en el segundo al grotesco Blazius.

Isabel, para poner á aquellos honrados cómicos al abrigo de la miseria, habia nombrado intendente al uno y sumiller de Sigognac al otro.

Durante el trascurso de la comida, el Baron sintió una cabeza apoyarse sobre una de sus rodillas y sobre la otra unas aceradas garras. Eran Miraut y Belzebú que, aprovechando la ocasion de hallar una puerta entreabierta, se habian introducido en el comedor y que, á pesar del miedo que les inspiraba aquel espléndido y numeroso concurso de gente, venian á reclamar á su amo su parte del festin. Sigognac distribuyó con pródiga mano á los compañeros de su miseria buenas tajadas. Belzebú no se sentia satisfecho, y con sus uñas reclamaba continuamente nuevos pedazos. Por fin, hinchado como un odre, con las patas abiertas, pudiendo roncar apenas, el viejo gato negro se retiró al aposento de los tapices flamencos y se enroscó en el sitio de costumbre para dijering la copiosa refaccion que acababa de hacer.

Terminado el banquete, Isabel y Sigognac se retiraron á su dormitorio.

Hácia la madrugada, Belzebú, preso de extraña agitacion, abandonó el sillón en que habia pasado la noche, y se encaramó penosamente á la cama donde descansaba Sigognac, sobre la mano de quien apoyó su nariz mientras de su pecho se escapaba un estértoreo ronquido. El Baron se despertó y

vió á Belzebú que le estaba mirando con sus dilatados ojos verdes vidriosos y medio apagados. Su pelo habia perdido su lustroso brillo y se pegaba como empapado por los sudores de la agonía; temblaba y hacia esfuerzos inauditos por sostenerse sobre sus patas, cayendo por fin de lado y dejando de existir despues de algunos movimientos convulsivos acompañados de dos ó tres plañideros maullidos, que despertaron á Isabel.

—Pobre Belzebú,—dijo la jóven al ver el cadáver del gato,—ha soportado la miseria de Sigognac y se vá antes de disfrutar de la abundancia.

Belzebú, hay que confesarlo, murió víctima de su intemperancia. Una indigestion le habia ahogado. Su famélico estómago no estaba acostumbrado á tales francachelas.

Sigognac, á quien la muerte de su gato afectó más de lo que buenamente puede creerse, con ojos húmedos y el corazón lleno de tristeza envolvió cuidadosamente al pobre Belzebú en un pedazo de tela para enterrarlo por la noche, accion que quizá hubiera parecido ridícula y sacrílega al vulgo.

Llegada la noche, Sigognac tomó una azada, una linterna y el cuerpo de Belzebú envuelto en su sudario de seda, y bajó al jardín, y empezó á cavar la tierra al pié del rosal silvestre. De pronto la azada del Baron despidió una chispa al chocar con un cuerpo duro. Sigognac, creyendo haber encontrado un sílex, redobló sus esfuerzos; pero sus golpes, que resonaban de un modo singular, no adelantaban trabajo.

Entonces Sigognac acercó la linterna para reconocer el obstáculo, y vió, no sin sorpresa, la tapa de una caja de cedro, rodeada de gruesas tiras de hierro oxidado, pero muy fuertes todavía; aisló la caja sacando la tierra de su alrededor, y, sirviéndose de su azada como de una palanca, logró subir, á pesar de su peso considerable, el cofre misterioso hasta el borde del hoyo, y lo hizo resbalar fuera de este. Luego metió á Belzebú en el vacío que dejará la caja, y lo llenó.

Terminada esta tarea, intentó llevar su hallazgo al castillo,

pero como la carga era demasiado pesada para un solo hombre, Sigognac fué á buscar al fiel Pedro, con ayuda del cual logró despues de mil sudores llevar el cofre al castillo.

Pedro, con una hacha, hizo saltar la cerradura y la tapa, y quedaron al descubierto una cantidad considerable de monedas de oro, tales como onzas, piezas de á ocho, zequines, ducados, cruzados y otras de diferentes nombres y países, pero de las cuales ninguna era moderna, y además muchas alhajas incrustadas de piedras preciosas. Una vez vaciado el cofre, Sigognac halló en el fondo del mismo un pergamino en el que se veian algunas líneas de caracteres casi borrados del todo, pudiendo tan sólo descifrar á duras penas estas palabras: « Raimundo de Sigognac, » nombre de uno de sus antepasados, partido para una guerra de la que no habia vuelto, quedando envuelta en el misterio su desaparicion. Ese Raimundo tenia un solo hijo y, en el momento de embarcarse para una expedicion peligrosa, habia hecho esconder su tesoro, confiando el secreto únicamente á un hombre de confianza, sorprendido sin duda por la muerte antes que pudiese revelar al heredero legítimo el escondite. A partir de ese Raimundo empezó la decadencia de la casa de Sigognac, rica en otro tiempo y poderosa. Tal fué, al ménos, la historia, muy probable, que imaginó el Baron apoyado en los débiles indicios que le proporcionó el cofre; mas lo que no era dudoso, era que aquel tesoro le pertenecia.

Sigognac estendió aquellas riquezas sobre una ancha mesa, y llamando á Isabel, se las mostró diciendo:

—Decididamente Belzebú era el buen genio de los Sigognac. Muriendo, me hace rico, y se va cuando llega el ángel. Nada más tenia que hacer, puesto que vos me habeis traído la dicha.

FIN.

ÍNDICE.

	PÁG.
CAPÍTULO I.—El castillo de la miseria.	3
» II.—La carreta de Tespis.	29
» III.—La posada del Sol azul.	73
» IV.—Bandidos para los pájaros.	95
» V.—En casa del marqués.	117
» VI.—Efecto de nieve.	177
» VII.—Donde la novela justifica su título.	209
» VIII.—Las cosas se complican.	243
» IX.—Cintarazos, palos y otros lances.	285
» X.—Una cabeza en un tragaluz.	329
» XI.—El Puente Nuevo.	367
» XII.—El Rabanillo coronado.	411
» XIII.—Doble ataque.	435
» XIV.—Los escrúpulos de Lampourde.	459
» XV.—Malartic en escena.	475
» XVI.—Vallombreuse.	503
» XVII.—La sortija de amatistas.	541
» XVIII.—En familia.	581
» XIX.—Ortigas y telarañas.	605
» XX.—Declaracion de amor de Chiquita.	623
» XXI.—¡Himen, ó himeneo!	637
» XXII.—El castillo de la dicha.	651